

Para la hora del “Ángelus”.

Lunes, 23/03/2020

Ya hemos cumplido una semana de aislamiento, y no sabemos cuánto va a durar esto. Pero un día tras otro nos acompaña Dios, que es Padre, con su Palabra encarnada en Jesús. A través del profeta Isaías, Dios dijo a su pueblo, en tiempos de desolación y destierro: “Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva: de lo pasado no habrá recuerdo”. Hoy, no estamos desterrados, sino encerrados, pero el malestar es parecido. Él repite para nosotros esa misma promesa: “de lo pasado no habrá recuerdo”, pero no va a ahorrarnos el esfuerzo de creer, de esperar, de hacer lo que está en nuestras manos, y de convertirnos. Él sabe que todo este esfuerzo puede hacernos mejores, si tenemos fe y paciencia.

La Iglesia recuerda hoy a un santo poco conocido por estas tierras, pero muy querido por las gentes de León, donde nació, y del Perú, donde vivió y murió: Santo Toribio de Mogrovejo. Vivió en el siglo XVI; primero estudio derecho y fue magistrado en Granada, pero cambió la toga por la sotana, marchó al Perú y fue el gran evangelizador de aquellas tierras, cuidando con especial mimo a los indígenas pobres, a cuyas míseras viviendas acudía para confortar a la pobre gente. Esta cercanía de la Iglesia samaritana también se está haciendo palpable en estos días, con las iniciativas y cooperación de muchas personas, que animadas por la fe, se preocupan de atender las carencias de tanta gente sola y anciana, sobre todo en las grandes ciudades.

El segundo signo que nos narra el evangelista san Juan para que conozcamos la personalidad de Jesús es la curación del hijo de un funcionario, que le pedía con insistencia: “Baja a mi casa antes de que se muera mi niño”. (Para leer el texto completo, ir al evangelio de san Juan, 4, 43-54). Jesús lo despidió diciendo: “Anda, tu hijo está curado”, y el funcionario creyó en la palabra de Jesús y se volvió a su casa, donde encontró a su hijo sano y salvo. ¿Seremos capaces de orar con una fe de parecida hondura? Pidamos, pues, con fe, utilizando las palabras y sentimientos que nos ha propuesto el papa Francisco para estos días, y que ya rezábamos en el lunes pasado:

«Oh María, tú resplandesces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás,
para que, como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas, que estamos en la prueba,
y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita».